Bruscamente Pedro y María fueron sorprendidos con la vuelta de Guersaint.

—¡Ah, hijos míos! No he querido detenerme allá arriba.... Acabo de cortar la procesión dos veces para pasar.... Pero ¡qué espectáculo! Es, con seguridad, la primera cosa verdaderamente bella que he presenciado desde que estoy aquí.

Y se puso á describirles la procesión, vista desde las alturas del Calvario.

—Imagínense ustedes otro cielo abajo, reflejando el de arriba; pero un cielo de una sola constelación, inmensa, que lo ocupa todo.

Ese hormigueo de astros parece perdido, muy lejos, en las profundidades oscuras; y el raudal de fuego representa una custodia ¡sí! una verdadera custodia, cuyo pie dibujan las rampas, la caña, los dos paseos paralelos, y la hostia, el parterre redondo que los corona; custodia de oro ardiente, que flanea en el fondo de las tinieblas con un continuo centelleo de estrellas en marcha. No se ve otra cosa; y es gigantesco y soberano.... ¡La verdad, nunca he visto nada tan extraordinario!

Agitaba los brazos, fuera de sí, exuberante de emoción artística.

—Papaíto—dijo María con ternura;—puesto que lo has visto todo, debieras ir á acostarte. Son cerca de las once y sabes que tienes que partir á las tres de la madrugada.

Y añadió para decidirle:

—¡Me alegro tanto de que hagas esa excursión!... Pero cuidado con estar de vuelta temprano, mañana por la tarde, porque ya verás, ya verás....

Y no se atrevió á afirmar la seguridad que tenía de curar.

—Tienes razón; voy á meterme en la cama—dijo Guersaint, ya calmado.—Puesto que Pedro te acompaña, m voy tranquilo.

—Pero—exclamó ella,—no quiero que Pedro pase la noche en pie. Cuando me haya llevado á la Gruta, se retirará también á descansar... Yo no necesitaré de nadie. Cualquier angarillero me conducirá al Hospital, mañana temprano.

Pedro callaba. Luego dijo sencillamente:

—No, no, María: yo me quedo... Yo también pasaré la noche en la Gruta.

Ella abrió la boca para insistir, para enfadarse. Pero el cura había dicho aquellas palabras con tanta dulzura, que la muchacha adivinó en ellas una dolorosa sed de felicidad, y guardó silencio, conmovida en el fondo del alma.

—En fin, hijos míos,—añadió el padre;—arréglense ustedes; sé que ambos sóis muy juiciosos. Buenas noches y no paséis el menor cuidado por mí.

Dió un prolungado beso á su hija, extrechó ambas manos al joven cura, y se fué perdiéndose entre las apretadas filas de la procesión, que hubo de atravesar otra vez.

Entonces se encontraron solos, en su rincón sombrío y solitario, debajo de los copudos árboles; ella sentada en su artesilla y él arrodillado en la hierba, con el codo apoyado en una de las ruedas.

Momento adorable aquél en que continuaba el desfile de los cirios y se agrupaban todos arremolinándose en la plaza del Rosario.

Lo que maravillaba á Pedro era qus nada parecía quedar en Lourdes de las comilonas del día, como si un viento purificador, venido de las montañas, hubiese barrido el olor de los guisos, las glotonas alegrías del domingo y todo aquel polvo ardiente y apestado de fiesta foránea, que flotaba sobre la población.

No quedaba más que un cielo inmenso con estrellas purísimas, y la frescura del Gave era deliciosa, y las brisas errantes traían perfumes de flores silvestres.

El infinito mistero se perdía en la paz soberana de la noche. De la pesada materia no quedaba más que aquellas llamas de cirios, comparadas por María con almas dolientes en actitud de libertarse.

Todo era de un reposo exquisito y de una esperanza sin límites.

Desde qué Pedro se encontraba allí, los recuerdos mortificantes de la tarde, los apetitos voraces, la simonía impudente, la viela población corrompida y prostituída, se iban poco a poco, para dejarlo entregado á aquella fresca reacción divina, á aquella noche tan hermosa, en que todo su ser se bañaba como en una agua de resurrección.

María, penetrada tambiém de una infinita dulzura, murmuró:

—¡Ah! ¡Cómo le gustaría á Blanca ver todas estas maravillas!

Pensaba en su hermana, dejada en París, en las inquieindes de su dura profesión de institutriz, corriendo á dar lecciones á domicilio.

Aquella simple frase, el nombre de aquella hermana, de la qual no había hablado desde su llegada á Lourdes, y que surgia de improviso, acababa de bastar para evocar todo el pasado.

María y Pedro, sin hablar, revivieron su infancia, los juegos de antaño, en los dos jardines colindantes, que una valla de arbustos separaba.

Recordaron luego la separación, el día en que él entró en el seminario y ella le besó en las mejillas, con lágrimas ardientes, jurando no olvidarlo jamás.

Pasaban años, y los dos jóvenes volvían á encontrarse eternamente separados: él, cura; ella; crucificada por la enfermedad, sin esperanza de ser nunca mujer.

Era toda su historia una ternura ardiente que se había ignorado durante mucho tiempo; luego, una ruptura total, como si hubiesen muerto, aunque vivían uno cerca del otro.

Se representaban la habitación pobre, donde la hermana mayor procuraba aportar un poco de bienestar á fuerza de dar lecciones; aquella habitación pobre, de la cual había partido para venir á Lourdes,

después de tantas luchas y tantas discusiones: las dudas de él y la fe apasionada de ella que había vencido.

Era verdaderamente delicioso volver á encontrarse así juntos y completamente solos, en aquel rincón de tinieblas, durante aquella admirable noche, en que había en la tierra tanta estrellas como en el cielo.

Hasta entonces, María había conservado una pequeña alma de niña, su alma blanca, como decía su padre: la mejor y las más pura de las almas. Atacada por el mal á la edad de trece años, no había envejecido más. Ahora, á los veintitrés, seguía teniendo trece años, animada, replegada sobre sí misma, enteramente sumida, en la catástrofe que le aniquilaba.

Esto se veía en sus ojos vagos, en su expresión distraída, en su aire de continua obsesión, encontrándose incapaz de querer otra cosa.

Ningún alma de mujer era más sencilla que la suya, detenida en su desarrollo, como la de una muchacha honrada, en quien la pasión, al despertar, se contenta con besos en las mejillas.

En su vida no había tenido más novela que el adiós dado entre lágrimas á su amigo, y ello bastaba, diez años hacía, para llevarle el corazón.

Durante los días interminables que pasó en su lecho de miseria, nunca traspasó la ilusión de que si ella no se hubiese puesto enferma, él no se hubiera hecho cura, á fin de vivir juntos.

No leía más que libros piadosos, cuya lectura la mantenía en la exaltación de un amor sobrehumano.

Hasta los ruídos exteriores expiraban á la puerta del cuarto en que vivía enclaustrada; y antes, cuando la paseaban de un extremo de Francia al otro extremo, de balneario en balneario, atravesaba las muchedumbres como una sonámbula que no ve ni oye nada, absorta en la idea fija de su decaimiento, de la traba que la inutilizaba en su sexo.

Subsistió, pues, la pureza infantil de la edad inocente, y aquella adorable hija del sufrimiento adquirió el débil desarrollo de su triste carne, sin guardar en el corazón más que el despertar remoto, el amor ignorado de sus trece años.

La mano de María, en las tinieblas, buscó la de Pedro; y, cuando la hubo hallado que iba al encuentro de la suya, la estrechó largamente.

¡Ah! ¡Qué delicia! Nunca habían experimentado un gozo más puro ni más perfecto, en encontrarse así juntos, lejos del mundo, en medio del encanto soberano de la sombra y del misterio.

En torno de ellos, ya no había más que la ronda de las estrellas.

Los cánticos arrulladores eran como el vértigo alado que los transportaba.

La pobre enferma estaba segura de que al día siguiente quedaría curada, después de haber pasado una noche de embriaguez ante la Gruta. Estaba absolutamente convencida de que se haría oir de la Santísima

Vírgen, de que vencería su voluntad, desde el momento que la dejasen sola con ella, frente á frente, para implorarla.

Y comprendía muy bien lo que Pedro había querido decir antes, al manifestar el deseo de pasar él también la noche entera ante la Gruta. Seguramente estaba resuelto á tentar un supremo esfuerzo de creencia, á arrodillarse como un niño y suplicar á la Madre Todopoderosa que le devolviese la fe perdida.

Y otra vez, sin necesidad de hablar, sus manos enlazadas se repetían lo mismo. Prometíanse orar el uno por el otro, se compenetraban con un deseo tan ardiente de ver su curación y su felicidad mutuas, que tocaron un instante el fondo del amor que se da y se inmola.

Fué un goce divino.

—¡Ah!—murmuró Pedro.—Esta noche azul, este infinito de sombra que se lleva toda la fealdad de los hombres y de las cosas, esta paz inmensa y fresca, en que yo quisiera adormecer mi duda...

Su voz se apagó.

María, á su vez, dijo muy quedo:

—Y las rosas, ese perfume de rosas... ¿no lo siente usted, amigo mío? ¿Dónde están, que no las ha visto?

—Sí, sí, siento su aroma, pero no existen. Yo las hubiera visto, porque las he buscado detenidamente.

—¿Cómo puede usted decir que no hay rosas, cuando embalsaman el aire en torno nuestro y nos bañamos en su perfume? Hay momentos en que ese perfume es tan penetrante, que al respirarlo desfallezco de placer... Con seguridad las hay aquí en gran número á nuestros pies.

—No; lo he mirado bien; le aseguro á usted que no hay tales rosas. A menos que sean invisibles, que sean esa misma hierba que pisamos, esos grandes árboles que nos rodean; que su olor salga de la misma tierra, y del torrente vecino, y de los bosques y de las montañas.

Callaron un instante. Luego continuó ella, diciendo á media voz:

—¡Qué bien huelen, Pedro! Nuestras dos manos unidas me hacen el efecto de un ramo.

—En efecto, exhalan un perfume adorable; pero se desprende de usted, María, como si las rosas floreciesen en sus cabellos.

Y no hablaron más.

La procesión seguía desfilando, y vivas centellas continuaban apareciendo al lado de la Basílica, brotando de la obscuridad, como de un manantial inagotable.

El inmenso reguero de pequeñas llamas en marcha, en su doble circuito, rayaba la sombra con una cinta de fuego.

Pero lo mejor del espectáculo estaba en la plaza del Rosario, donde la cabeza de la procesión continuaba su evolución lenta, se replegaba sobre sí misma, en un círculo cada vez más estrecho, especie de torbellino obstinado, que acababa de aturdir á los peregrinos, extenuados de fatiga, y de exasperar sus cantos.

Pronto la ronda no fué más que una masa ardiente, un núcleo de nebulosa, alrededor del cual iba arrollándose la cinta de fuego, cuyo extremo parecía no haber de concluir jamás; y el núcleo se ensanchaba, y al fin formó un lago.

La vasta plaza del Rosario se convertía en un mar ardiendo, cuyas olas centelleantes rodaban hacia el vértice de aquel torbellino sin fin.

Un reflejo de aurora blanqueaba la Basílica.

El resto del horizonte caía en una oscuridad profunda.

Aisladamente, no se veía más que algunos cirios perdidos, que andaban solos, como luciérnagos que buscan, el camino con su farolillo.

Una cola vagabunda de la procesión debía haber subido al Calvario, pues que también viajaban estrellas allí arriba, en pleno cielo.

Por fin llegó un momento en que los últimos cirios aparecieron, dieron la vuelta á los parterres y fueron á anegarse en el mar de llamas.

Ardían en ella treinta mil cirios, girando sin cesar, atizando su llama bajo el cielo tranquilo, donde palidecían los astros.

Una nube luminosa se elevaba con los cánticos, cuya obsesión no había cesado. Y el rumor de las voces, las *Ave Marías*, eran como el chisporroteo de aquellos corazones de fuego, que se consumían en oraciones para el rescate de sus almas.

Uno, á uno, los cirios acababan de apagarse. La noche volvía á reinar, soberana, oscurísima y muy apacible, cuando Pedro y María se dieron cuenta de que aún estaban allí, ocultos bajo el misterio de los árboles, con las manos entralazadas.

Y los lejos, en las calles sombrías de Lourdes, ya no había más que peregrinos extraviados, que preguntaban el camino para retirarse á la cama.

Oíase en la sombra como rozamientos de fantasmas; todo lo que ronda y se duerme, al final de un día de fiesta.

Y los dos tiernos amigos lo olvidaban todo, y allí permanecían inmóviles, deliciosamente felices, envueltos en el perfume de las rosas invisibles.

IV.

Pedro arrastró la carretilla de María hasta la Gruta, instalándola la más cerca posible de la verja.

Eran más de las doce. Aún había allí un centenar de personas; unas sentadas en los blancos, y la mayor parte arrodilladas, como anonadadas en la oración.

La Gruta, llena de cirios, resplandecía como una capilla ardiente, sin que en ella se pudiese distinguir nada más que aquel polvo de estrellas, del cual sumergía, en su nicho, la estatua de la Vírgen, de una blancura ideal.

Las ramas colgantes adquirían un brillo de esmeralda; los miles de maletas que cubrían la bóveda, parecían un intrincado entrelazamiento de troncos secos, próximos á florecer.

Tan vivo resplandor hacía la noche más oscura. Las inmediaciones se sumergían en una sombra espesa, donde muros y árboles desaparecían. Unicamente se oía el rumor continuo del Gave, que arrastraba sus aguas vecinas, de las cuales se extralaba una deliciosa frescura, bajo el gran cielo tenebroso, pesado como cuando amenaza tormenta.

—¿Está usted bien, María?—preguntó Pedro con mucha afabilidad.—¿Siente usted frío?

Ella había tenido un extremecimiento. Pero no era más que el airecito del más allá desconocido, que le parecía que soplaba de la Gruta.

—No, no—contestó en seguida.—Estoy muy bien. Eche usted solamente el mantón sobre mis rodillas. Gracias, Pedro; no pase usted cuidado por mí. No necesito ya de nadie, puesto que al fin estoy con ella....

Su voz desfalleció.... La enferma caía ya en el éxtasis, con las manos juntas, los ojos alzados hacia la estatua blanca, en una transfiguración beata de todo su pobre rostro demacrado.

Pedro quedóse, sin embargo, algunos minutos. Hubiera querido envolverla en el mantón, pues veía temblar sus manecitas afiladas. Pero temió disgustarla y se limitó á rodearla el abrigo como á una niña, mientras que ella, apoyada de codos en los bordes de la artesilla, medio incorporada, ya no lo veía.

Sentóse en un banco próximo, para recogerse á su vez, cuando sus ojos tropezaron con una mujer, arrodillada en la sombra, vestida de negro, tan flaca, y discreta, que no la había visto al principio. Se confundía con las tinieblas.

Sin embargo, reconoció, adivinó más bien, á la señora Maze.